

El palacete de don José

Serafín Pérez Martín

Contenido

Capítulo I. La ventana

Capítulo II. La mudanza

Capítulo III. La vecina

Capítulo IV. La duda

Capítulo V. LA CARTA

Capítulo VI. Las esculturas

Capítulo VII. El reencuentro

Capítulo VIII. La visita

Capítulo IX. El señor elegante

Capítulo X. El decorado

Capítulo XI. La verdad

Capítulo XII. El juicio

Capítulo I. La ventana

La mañana era radiante, el sol brillaba en todo su esplendor. La niebla que el día anterior no permitió ver el astro rey hoy no había hecho acto de presencia. La calle a esa hora del día era un muestrario de personas que caminaban a su trabajo, sus negocios o a realizar cualquier gestión en la ciudad cercana, Madrid.

Luis se había levantado hoy un poco más tarde que de costumbre, a las 9 de la mañana, había estado viendo la final de Operación Triunfo uno. Había dormido poco, dio vueltas y vueltas en la cama. No podía quitarse aquella idea de la cabeza, ¿pero qué podía hacer? Fue a la cocina, se hizo un café bien cargado y se fue a la sala de estar para tomárselo sentado en su sofá favorito.

Desde la ventana de la sala podía ver el tramo de la calle que daba a la esquina de la calle Ríos con la calle de la Esmeralda, su calle. Justo en esa esquina se alzaba un caserón, ¿o más bien era un palacete, del siglo XIX? Luis nunca había estado dentro de aquella casa, pero su presencia siempre le produjo un escalofrío que no podía explicar.

Cuando él llegó al barrio acababa de quedarse vacía, según le habían contado. Don José, su último inquilino y dueño, había fallecido unos meses antes sin descendencia conocida. Dori, su ama de llaves, cerró la

casa y se marchó a su pueblo, de donde había salido cincuenta años antes para servir a la madre de Don José. Cuando la señora pasó a mejor vida se quedó sirviendo a su hijo, soltero, cosa que provocó una larga serie de habladurías en el pueblo. ¿Qué tipo de relación tenía Dori con don José? No estaba bien visto que un hombre y una mujer vivieran solos bajo el mismo techo sin estar casados. Cuando don José, tras una larga enfermedad, entregó su alma al creador, todo el mundo pensó que Dori se quedaría en la casa, que sería la heredera del señor. Por eso cuando una semana después del luctuoso suceso, Dori se despidió de los vecinos, cerró la puerta y se marchó, nadie lo entendió.

Desde entonces habían pasado diez años y Luis no había visto abrir nunca a nadie esa puerta , aunque solo fuera para recortar las hierbas que sobresalían por los bordes de la valla y que anunciaban el calamitoso estado de conservación del interior. Nadie vino ni nadie se preocupó por quién sería su actual dueño. Todo el mundo esperaba que algún día el ayuntamiento, harto de esperar un heredero que se hiciera cargo del IBI y los demás impuestos que permanecían impagados, se hiciera con el palacete y lo dedicara a alguna actividad cultural de las muchas que carecía el pueblo.

Fue una tarde de noviembre, Luis estaba en su ventana viendo la gente pasar. Eran las cinco de la tarde, lo recordaba muy bien porque en ese momento el reloj de

la torre sonó cinco veces. Iba a degustar su segundo café de la tarde cuando la taza quedó paralizada al borde de la boca.

Se restregó los ojos para confirmar que lo que veía era cierto. En la esquina de la calle se había parado un gran coche, un Mercedes. Luis no sabía mucho de coches, pero la estrella que presidía el capó no admitía duda alguna sobre la marca. Era muy elegante, de color negro parecido a los que llevaban los políticos, solo le faltaba la banderita. De la parte trasera del vehículo descendió un hombre muy bien vestido, traje azul marino, camisa blanca, pañuelo blanco en el bolsillo superior de la chaqueta, zapatos negros relucientes. Llevaba en la mano izquierda un sombrero, de esos que utilizan los magos. La derecha se apoyaba en un bastón de madera rematado en una figura de marfil. El hombre miró a ambos lados de la calle, tenía bigotes. Luis pudo verlo en ese instante. Colgó el bastón en su mano izquierda, introdujo la derecha en el bolsillo de su chaqueta y sacó una llave. Era una llave bastante grande. El hombre la introdujo en la cerradura de la puerta y trató de girarla. La llave no giró. Miró hacia el coche con gesto contrariado, dijo unas palabras y volvió a intentarlo. La llave no giró. Demasiados años sin abrirse, pensó Luis. De pronto, se abrió la puerta del conductor y bajó un individuo con uniforme y gorra. Parecía un individuo bastante fuerte. El hombre del traje le cedió su lugar; el del uniforme agarró la llave con la mano izquierda y con

la derecha tiro del pomo de la puerta, mientras con la izquierda giraba la llave. Repitió la operación varias veces y por fin la puerta se abrió. Los dos hombres penetraron en el portalón de la casa, abrieron las dos hojas, no sin esfuerzo, e introdujeron el coche dentro y volvieron a cerrarla.

A Luis le hubiera gustado comentar aquella nueva con sus vecinos, pero hacía ya mucho tiempo que sus relaciones eran muy escasas, se limitaban a un educado buenos días o *que lo pase usted bien* cuando se cruzaban en la calle.

Al principio todo era diferente. Cuando llegaron María y él a aquel vecindario, todos se relacionaban con todos, hasta organizaban quedadas en el parque que había detrás del palacete de Don José. Pero todo cambió cuando a Luis inesperadamente, le despidieron de su empresa. Aquello fue un mazazo. Nunca lo entendió y no lo aceptó. Sus días se hicieron largos, se cansó de pasear, de buscar trabajo sin éxito y empezó a visitar cada vez con más frecuencia el bar de Pablo en la plaza. Al poco tiempo, su recorrido diario era fijo de casa al bar de la plaza, y del bar de la plaza a casa, donde María, cada vez más harta de aquella situación, le amenazaba con dejarle e irse con su madre.

Un día, cuando Luis llegó de la taberna de Pablo, María ya no estaba. Luis no pudo esa noche leer la nota de despedida que le dejó, las letras bailaban al ritmo del

alcohol. Después de aquello, tuvo el valor de integrarse en un grupo de alcohólicos anónimos. Una tarde se armó de valor y fue a pedirle a María que volviera con él, pero María no volvió. Aquello acabó de amargar su carácter y volvió a la bebida.

Desde entonces, sus relaciones vecinales cambiaron mucho, por eso aquella tarde, a la vista del visitante del palacete de don José, echó de menos la presencia de María y las visitas de sus vecinos para comentar las noticias del pueblo o el partido del domingo.

Todo el día siguiente a la llegada del hombre elegante estuvo Luis de guardia para verle salir o para observar los movimientos en la casa, pero nada vio, quizás, sería lo más probable, salieron por la noche mientras el vecindario dormía.

¿Quién era aquel hombre y a qué había venido? ¿De dónde había sacado la llave de aquella puerta?

Capítulo II. La mudanza

Un mes después de la llegada del hombre elegante al palacete en aquella sorpresiva visita, una mañana poco antes de navidad, sucedió algo inaudito. Luis daba buena cuenta de su desayuno, unas tostadas con aceite y un café con leche bien cargado, cuando un murmullo lo sacó de sus pensamientos, miró a la calle y descubrió el origen de las voces. Una furgoneta de color azul, aparcada en la puerta del palacete de don José, escupía de su interior ocho, nueve y hasta diez, pudo contar, obreros uniformados con un traje color gris y una gorra del mismo azul que la furgoneta. Por su aspecto, y por los instrumentos que descargaban de la furgoneta, eran empleados de limpieza de alguna compañía. Vaya, pensó Luis, pues tienen trabajo esta gente, son muchos años ya sin quitar el polvo de los muebles o fregar el suelo. Parece que el hombre elegante va a cuidar de la instalación, querrá venderla.

El grupo estaba compuesto por seis mujeres y cuatro hombres. Todos aparentaban entre cuarenta y cincuenta años, a excepción de una chica joven que no pasaría de los veinte. Cuando todo el instrumental estuvo fuera de la furgoneta, se abrió la puerta del conductor y bajo de ella una señora de unos treinta y cinco o cuarenta años, morena, de mediana altura, vestía un pantalón vaquero y una blusa de color verde. Por su aspecto y forma de desenvolverse con el grupo, Luis concluyó que se trataba

de la dueña de la compañía o al menos de la encargada de la misma. Llevaba algo en la mano que Luis reconoció como la llave de la puerta grande del palacete. Su impresión se confirmó en el instante en el que la mujer se dirigió a la puerta y la abrió, sin el mínimo esfuerzo. Luis supuso que el hombre elegante la había engrasado. Todo el personal pasó al interior de la mansión. La supuesta encargada subió a la furgoneta y se marchó. La puerta principal del palacete quedó entreabierta.

Terminado el desayuno, con el imprevisto espectáculo de los trabajadores de la acera de enfrente, Luis lavó la taza y el plato en el fregadero de la cocina, fue al dormitorio, se cambió las pantuflas por unos zapatos de calle y se dispuso a dar su paseo matutino. Instintivamente fue a la terraza, allí le esperaba Pincho, un chihuahua color canela que llegó a la casa hacía cinco años, cuando él y María fueron a la perrera municipal a adoptar un cachorro.

Desde entonces, se había convertido en un compañero fiel de la pareja. No era muy simpático con las visitas, le molestaban especialmente los niños a los que tomaba con invasores de su territorio, especialmente de su querida terraza, su refugio. En cambio, era cariñoso con sus dueños, a los que lamía con ahínco cada vez que estos se acercaban a él.

Luis se dirigió a la terraza, pero segundos antes de abrir la puerta, su mente aun confusa por los vapores del

alcohol del día anterior recordó que Pincho ya no estaba, se había ido con María. Él quiso que se quedara, pero la argumentación de la mujer fue incontestable - *para que lo dejes morir de hambre algún día de borrachera*- le había dicho. Él, que no andaba, como ahora, muy seguro de sus posibilidades, con dolor, le había dejado marchar.

Hacía ya cinco meses, dos semanas y tres días que María y Pincho se habían ido y no recordaba ya cuánto tiempo desde que recayó en su dependencia del alcohol. Desistió de abrir la puerta de la terraza, solo le produciría más dolor. Tomó las llaves de la puerta y salió al descansillo de la escalera. Allí confluían tres pisos: el A vivía la familia González; en el B, Vicenta, viuda del que fuera su amigo Paco; y en el C, habitaba él mismo en soledad. El resto del bloque se repartía entre otras quince familias de clase media Luis bajó los veinticuatro escalones que le separaban de la calle contándolos uno a uno. Era una manía que no podía quitarse de la cabeza, le daba igual que fueran cuatro o cuatrocientos los escalones, de subida o de bajada. Él los tenía que contar.

El frío de la calle le asestó un duro golpe en la cara, no imaginaba que la temperatura fuera tan baja, miró a su derecha, el termómetro de la farmacia cercana marcaba 2°C en ese momento. Abrochó hasta el cuello la corredera de su cazadora y comenzó su paseo. Ya desde su portal podía oírse el ruido del palacete de don José. Diez personas dentro dedicadas a su faena no podían

pasar inadvertidas. Era una mezcla de sonidos cacofónicos, que su oído trataba de traducir: arrastre de muebles, una radio que lanzaba al viento una canción, una voz que trataba de seguir la canción de la radio con poco éxito, algo parecido a una aspiradora, golpes de martillo, otro limpiador cantando. Lo vio desde la puerta entreabierta, destrozaba un fragmento de zarzuela empuñando una escoba entonando fiel espada triunfadora.

Una locura, pensó Luis, mientras se alejaba camino de la plaza de España. Aquel zafarrancho duró dos días. Al tercero, el equipo de limpiadores fue sustituido por otro de pintores, que llegaron con la misma furgoneta, pero con distinto instrumental. Luis seguía toda la actividad con curiosidad, mientras se preguntaba que ocurriría cuando aquella operación de renovación terminara: ¿se instalaría el hombre elegante allí?, ¿vendería el palacete en el supuesto de que él fuera el dueño?

Los pintores estuvieron una semana y cada día el aspecto del palacete iba recobrando su antiguo esplendor. Para Luis se había convertido en una rutina vigilar la evolución de los trabajos, le intrigaba saber el destino de tan elegante y fastuoso edificio en las proximidades de su casa. Cuando llegó la Navidad los trabajos habían terminado, al menos eso parecía porque ya no aparecieron más obreros.

Fue a primeros del año siguiente cuando volvió a ver el

Mercedes negro que aparcó justo en la puerta de su bloque, dejando el espacio de la puerta del palacete libre para un gran camión de mudanzas.

Luis se topó con el hombre elegante al salir de su portal.

—Buenos días —le dijo.

—Buenos días —respondió aquel hombre en un tono seco que le produjo a Luis un escalofrío.

Al verlo de cerca el hombre parecía más pequeño de lo que le pareció el primer día, quizás porque hoy no llevaba el sombrero. Su tez era muy morena, como curtida por el sol. Ocultaba su mirada tras unas gafas oscuras, aunque el sol apenas brillaba tras la montaña. Su gesto era duro. Cuando saludó forzó una sonrisa que más pareció una mueca. Llevaba, eso sí, el mismo bastón de madera y marfil. Con paso ligero se dirigió al camión, conminando a los transportistas a iniciar la descarga. Era una tentación muy grande para Luis - *¿Qué traerían?* Giró sobre sus pasos y volvió a su cocina, se sirvió el tercer café de la mañana y se sentó en la salita, que resultó ser el mirador perfecto para ver cómo se descargaba aquel camión.

Al principio todo le pareció muy normal: un sofá, una mesa de despacho, seis sillas, una gran mesa de comedor, una silla de director de cine, un armario, todo normal hasta que apreció aquello. Aquello parecía - sí, sí, lo era - un cepo de los que Luis había visto en algunas

películas del oeste donde al individuo se le retiene por las muñecas y el cuello.

¿Para qué querrán eso?, se preguntó.

Luego bajaron lo que parecían varias tiendas de campaña y unas estructuras de construcción que Luis no reconoció muy bien. Pero las sorpresas no acabaron ahí, descargaron también una serie de cadenas y grilletes que, claramente, estaban destinados a retener a alguien por la fuerza. Aquello no auguraba nada bueno, más cuando, a la vista de estos elementos, animó a los transportistas a darse prisa para guardarlos en el palacete a la mayor brevedad, mientras escrutaba con su mirada a un lado y otro de la calle.

Llegado este punto, Luis se puso en guardia. Ese hombre le dio mala espina en el portal y ahora esto lo corroboraba. Estaba nervioso y él sabía cómo aplacar sus nervios. Se dirigió al mueble bar de la salita y añadió un buen chorro de coñac al café, dio un trago largo a la botella antes de continuar su vigilancia mientras degustaba el carajillo. Justo en ese momento los operarios descargaban dos cajones de madera como de dos metros de largo por setenta de alto y ochenta de ancho.

¿Qué habrá ahí dentro?, se preguntó un cada vez más nervioso Luis. *¿Qué tipo de mueble o maquina podía*

caber ahí? Y de pronto se dio cuenta: no había nada dentro. Su peso era tan liviano que los operarios lo manejaron con una sola mano. Allí no había nada. Entonces, ¿qué función tenían?

Si no contenían nada era para llenarlos dentro. El coñac empezaba a hacer efecto en la mente ya calenturienta de Luis.

¿Qué puede querer sacar este hombre del palacete?

Pero por otra parte allí ya habían estado las cuadrillas de limpiadores y de pintores y no debían haber visto nada sospechoso.

«Claro, pero es posible. Lo he visto en las películas. Que haya algún pasadizo secreto, alguna puerta camuflada que lleva a otra estancia, es de suponer que él y solo él conoce. Tengo que estar atento a ver cuándo sacan esas cajas».

Los transportistas terminaron su labor, se fueron y el Mercedes negro fue aparcado dentro del palacete, lo que dio a Luis la certeza de que el hombre elegante había venido para quedarse pero ¿era ese hombre de fiar? A él no le había gustado nada. Y estaban aquellas cosas que habían descargado del camión.

Ahora recordaba Luis que a él siempre le daba escalofríos pasar por la puerta de aquel viejo caserón.

¿Sería una premonición? Desde hoy tendría que estar más atento a lo que allí pasara.

Capítulo III. La vecina

Rosa y Manuel vivían en el número 4 de la Avenida del Sol, nombre poco adecuado para una calle estrecha en la que el sol permanecía algo menos de tres horas al día. Se trataba de una calle perpendicular a la calle Esmeralda, donde se encontraba a poco más de 200 metros el palacete de don José. Rosa y Manuel habían tenido solo una hija, Julia, que aún vivía con ellos. Tuvo un novio ocho años, pero nunca llegó a pisar el altar, poco a poco el amor se fue muriendo y un día dejó a Julia compuesta, sin novio y sin explicación de lo repentino de su decisión.

Ella nunca volvió confiar en los hombres y se encerró en casa, al cuidando de sus padres, sus macetas y sus canarios. Sus salidas eran contadas, la misa del domingo a las doce, algún paseo con su madre por el parque cercano y poco más.

Echaba de menos aquellas tardes de paseo y confidencias con Dori, la criada del palacete. Dori y Julia se habían conocido de forma accidental en el mercado de abastos, un viernes por la mañana. Dori cargaba las bolsas con las provisiones para todo el fin de semana: pescado, carne, algunas frutas, patatas, zanahorias, tomates, un queso, además de las especias que la madre de don José le había rogado encarecidamente que no olvidara. Había ya iniciado la salida del mercado cuándo por el suelo rodaron las patatas, Dori se apresuró a

recogerlas, pero enseguida vio a su lado a Julia que ayudaba en la labor.

—Hola, gracias —dijo Dori—. ¿Te conozco?

—No, pero yo a ti sí —respondió Julia—. Trabajas en el palacete, ¿verdad? Te veo entrar y salir, yo vivo cerca.

Recogidas las patatas continuaron juntas hasta la esquina de la calle de la Esmeralda, en el camino tuvieron tiempo de contarse algunos aspectos de sus respectivas vidas.

Dori le habló de su pueblo y de su venida al palacete por recomendación de un tío, hermano de su padre; le habló de don José y de su señora madre que, según ella, debía de haber sido marquesa o duquesa, pero por no sé qué historia de una herencia no pudo utilizar su título. En compensación le habían asignado la propiedad de aquel palacio y la de algunas otras propiedades.

Julia le habló de sus padres y de su novio, de sus planes de boda, de su ilusión por fundar una familia.

Aquel fortuito encuentro derivó —quién lo hubiera imaginado— en una estrecha amistad entre las muchachas. Juntas iban al mercado, paseaban los jueves por la tarde en el parque de Las Acacias, hasta que Alberto, el novio de Julia, se les unía; iniciaban entonces los tres el camino al palacete donde dejaban a Dori.

No era extraño que alguna tarde, libres ya de las faenas

de la casa, se vieran en casa de la una o de la otra, y se contaran sus penas y alegrías. Julia hablaba de su novio y de sus proyectos de boda; Dori se inclinaba por hablar de su vida en el palacete, de lo mandona y exigente que era doña Leonor y de lo bien que la trataba el señorito José.

Era tan grande el aprecio que mostraba por este como desapego sentía hacia la señora de la casa, tanto que alguna vez Julia, con cierta guasa, le había comentado: Uy, uy, uy ¿tú no estarás enamorada de ese señor? Es muy mayor para ti. A lo que Dori, poniéndose roja como un tomate, contestaba que para nada, pero es que es tan bueno y educado.

No fue extraño que Julia reafirmara la amistad con Dori cuando Alberto decidió desaparecer.

—Mi suegra —le contó entre lágrimas—, me ha dicho que le pudo la presión que yo le hacía para casarnos y que no sabe dónde se ha ido, pero que él está bien solo, que no tuvo coraje para decírmelo a la cara.

Pasados unos meses, una tarde en que Julia visitó a Dori, la encontró seria y preocupada, se notaba en su cara que le pasaba algo. Tengo malas noticias, le había dicho a Julia cuando ella la preguntó por su estado.

—He recibido una carta de mi madre diciéndome que mi padre está enfermo y que me requiere para cuidarlo entre las dos. Tengo que irme y no sé el tiempo que

tardaré en volver, quizás sean varios meses o un año: lo malo es que la señora y don José se van a quedar desatendidos. Me han preguntado si conozco a alguien que se pudiera ocupar de todo en mi ausencia, pero yo no sé de nadie ¿quizás tú conoces a alguien?

—No, pero tal vez yo misma pudiera, no me vendría mal para hacer algo diferente y olvidar a Alberto que no me lo quito de la cabeza. De paso podría aportar algo a la economía de la casa.

Fue así como Julia ocupó el lugar de Dori durante doce meses y medio. Durante ese tiempo estuvieron en contacto por carta, Julia le preguntaba por su padre y Dori le respondía que ya estaba bien pero que aún no podía volver.

El día que Dori volvió al palacete ambas se abrazaron con fuerza.

—Julia, te veo muy bien —le había dicho Dori.

—Pues a ti te han cuidado muy bien en el pueblo, has puesto algún *kilito*. Se te ve mucho más madura.

Aquel periodo de sus vidas pasó como una anécdota más, continuaron con su estrecha amistad hasta que don José falleció y Dori, después de dejar todo ordenado, volvió a su pueblo. Pero las cartas entre ambas siguieron llegando.